

ENCARNA ZAMORA NAVARRO

Comisaria

Esencia de África.

África, la desconocida, la ignorada, la olvidada y tantos otros adjetivos que nos alejan de un Continente que siendo el más próximo geográficamente a nosotros, sin embargo, la mayoría de las veces, vivimos de espaldas a él, ignorando su realidad cultural y su pasado, en el que hemos participado en más de una ocasión, y de donde proceden, según investigaciones actuales, nuestros ancestros.

Por razones puramente profesionales durante un largo periodo de mi vida tuve que viajar al vecino continente, donde conocí a multitud de personas y personajes de diferentes estratos sociales, pertenecientes a etnias muy distintas entre sí, desde políticos de alto nivel hasta humildes artesanos, pasando por diplomáticos y hombres de negocios. Todo ello, junto a mi curiosidad natural, me brindó la ocasión de convivir con los diferentes pobladores, aprender de las muy distintas culturas, saborear los variados estilos culinarios, oler las diversas especias y, en definitiva, enamorarme de sus poblados, sus manifestaciones culturales, su modo de vida y la esencia de sus tradiciones.

Hoy, con esta amplia muestra, queremos descorrer un velo y mostrar un escenario variopinto -escaso para la dimensión de todo un continente- tan variado como lo son las etnias que en él habitan y la riqueza cultural que encierran sus diversos rituales, que, desde un punto de vista europeo, se pueden considerar folclóricos y, sin embargo, siempre son ritos de iniciación, de culto a los antepasados difuntos o de adoración a unas divinidades desconocidas para nosotros pero muy presentes para ellos en cualquier actividad de su vida cotidiana.

Traspassando la zona más próxima a nosotros, el Magreb, y sobrevolando el bello desierto del Sahara, entramos en una extensa franja de tierra que llega hasta Sudáfrica, en la que un buen número de países conservan sus tradiciones más ancestrales hasta el día de hoy, a pesar de la esquilación humana provocada salvajemente por la venta de esclavos a territorios americanos, a lo largo de casi cuatro siglos, y del fraccionamiento colonialista fraguado en la Conferencia de Berlín de 1884, que intentó imponer modelos de vida europeos, destruyendo poblados con el afán de la explotación de los recursos naturales.

Mientras nosotros, los europeos, podemos hablar de regiones, naciones y de supra regiones, ellos aún hablan de familias, de etnias y de tribus, que no necesariamente conforman un país sino que viven en torno a un accidente geográfico, como puede ser un río que discurre a lo largo de varios países, o bien ni siquiera tienen un territorio determinado y se mueven como nómadas de un país a otro según las estaciones, traspassando fronteras artificiales, en la mayoría de los casos, bastante permeables.

Por esta razón en la muestra hemos querido señalar, más que un

mapa político actual del Continente, dividido en países, una localización de las etnias que son las que marcan diferencias en la expresión de su cultura.

Para entender esta exposición hay que tener en cuenta que los artesanos o artistas africanos no realizaban sus piezas pensando en un arte decorativo sino en objetos que resaltarán la importancia de sus portadores, como son los bastones de mando, armas, pulseras, peines, espantamoscas, pipas, etc. O bien objetos que, mediante su uso, invistieran de ciertos poderes divinos a su usuario, transformándolos a los ojos de los otros en una figura que adivinaba, predecía, curaba, invocaba, etc y también en objetos para comunicarse con los espíritus del más allá, estatuillas a las que se le profesaba un gran culto, se les hacían ofrendas pidiéndoles favores o perdón y pasaban de generación en generación, siempre expuestas en un lugar preferente del altar familiar.

En este último caso es importante resaltar las figuras de los antepasados, que se realizaban mediante encargo a los artesanos para presidir el mencionado altar familiar, no pretendiendo que fueran una réplica del antepasado en cuestión sino que resaltarán sus rasgos importantes y positivos, una larga barba era signo de dignidad, una enorme cabeza de sabiduría, etc.

Mención aparte merecen las máscaras, que son los objetos que, por una u otra razón, han llegado en mayor número hasta nosotros, probablemente por haberse comerciado más con ellas, realizadas más copias e, incluso, por ser más fáciles de transportar para realizar exposiciones, la mayoría de las veces sin explicar su verdadero significado que, en ningún caso es el de ser objetos decorativos. La inmensa mayoría son piezas de una importancia primordial en la tribu a la que pertenecen y son utilizadas siempre, portándolas personas iniciadas, en celebraciones y ritos determinados de la etnia, guardándose posteriormente por miembros de la sociedad secreta, de la que forma parte, en un lugar del bosque que solo ellos conocen.

Hasta tal punto han sido importantes las máscaras que a través de ellas se han identificado las etnias entre sí, de forma que cuando un individuo viajaba fuera de su territorio se hacía acompañar de una réplica, hecha de muy diversos materiales, que guardaba entre sus ropas mostrándola cuando necesitaba identificarse, como si de un documento se tratara, de ahí viene su nombre de máscara pasaporte.

Algunas de estas piezas han podido llegar a nuestras manos por haber sido desechadas, después de muchos usos, para ser sustituidas por otra nueva.

La mayor parte de los objetos que componen esta exposición

están confeccionados en madera, también material sagrado, puesto que los pueblos animistas consideran que los árboles están dotados de alma. Curiosamente las herramientas con las que los confeccionaban también se consideraban sagradas y formaban una parte de la herencia que se transmitían generacionalmente de padres a hijos.

La mayoría de estas etnias, como decimos, han sido y siguen siendo animistas por lo que sus ritos están basados en la creencia de que cualquier ser vivo o elemento de la naturaleza puede estar dotado de alma y de poderes y a ellos se encomiendan, les invocan, les hacen ofrendas o les piden perdón. Aunque en la actualidad casi todas estas sociedades tienen influencias de religiones monoteístas, debido a las colonizaciones, han conseguido sincretizar sus costumbres con las impuestas posteriormente por las mismas, de tal forma que nos hemos encontrado con elementos religiosos que así lo demuestran.

En el aspecto religioso es muy curioso como en algún país, concretamente en la actual Etiopía, antes Abisinia, coexisten las tribus más primitivas, asentadas en torno al río Omo, como son los hamer y los mursis, con costumbres absolutamente ancestrales, que no vienen al caso describir ahora, y en el norte los católicos ortodoxos, pertenecientes a una de las más antiguas iglesias cristianas, con sus catedrales excavadas en vertical y hacia abajo en roca, que son centros de culto y peregrinación de fervientes cristianos, tanto en Aksum como en Lalibela, practicando y conservando rituales inamovibles desde los primeros tiempos del cristianismo.

Para la mayor comprensión de esta exposición hemos tratado de llevar un hilo conductor a través de ella, por una parte hemos recogido los elementos que indican poder a sus portadores o regalías, como los designa Jesús Arrimadas Saavedra, situándolos en mesas vitrina, como pueden ser bastones de mando, armas, pipas, pulseras, peines, espantamoscas y objetos para pesar el oro.

En las vitrinas verticales hemos colocado las estatuillas o esculturas, diferenciadas por su función: unas son guardianes de reliquias, se trata de los llamados relicarios que acompañaban algunos restos de los difuntos guardados en una cesta o caja; otras son figuras de antepasados que se veneraban en los altares familiares; otras fueron realizadas para atraer fertilidad, buenas cosechas o buena caza; también las hay cuyo objetivo fue proteger a la familia o al clan de la mala suerte y otras son contenedores de medicinas tradicionales.

También en vitrina, separados del resto, se encuentran todos los objetos relacionados con Etiopía por tratarse de algo absolutamente diferente, puesto que es una mezcla de las costumbres más primitivas animistas y las cristianas ortodoxas.

Como elementos muy destacables hemos situado en el suelo, sobre tarima, un gran árbol genealógico de Tanzania, un pájaro sagrado o calao de Costa de Marfil, los antílopes de Mali, macho y hembra, símbolo de la vida y una bella joven favorita de Mali y un leopardo de bronce de Benín. También hemos situado en soportes verticales aislados algunas importantes y únicas piezas muy dignas de ser resaltadas, entre ellas una máscara casco muy antigua de Nigeria.

Por último en las paramentos verticales hemos colocado las máscaras, elementos más conocidos por todos, agrupadas por etnias, habiendo una representación de diversos tipos de ellas: de iniciación, festivas, de difuntos, de cazadores, de invocación, etc. Cada máscara, en su territorio, cumple con una función y hay que imaginárselas en su entorno, con su vestimenta correspondiente, su séquito de danzantes y la música que la acompañan en su misión.

Para mayor comprensión a cada objeto se le adjunta una cartela con su nombre, dimensiones y material con el que se ha confeccionado, etnia a la que representa y país de procedencia.

Es importante no olvidar que los objetos presentes en esta u otras exposiciones no fueron realizados como obras de arte para ser admiradas sino como objetos que tenían que ejercer su papel en un ritual, tanto en los hogares como en la sociedad, en uno y otro caso eran utilizadas para comunicarse con el más allá mediante danzas y ritos y sin esta función no tienen sentido.

Los realizadores africanos de cualquiera de estas piezas siempre fueron personas que previamente habían sido iniciados en sus culturas y las conocían profundamente y el encargo lo recibían específicamente para que posteriormente su obra fuera bendecida, consagrada o trabajada por el chaman o por el jefe del clan, de la sociedad secreta a la que perteneciera u otra persona con poderes. Ellos nunca pretendían hacer obras de arte aunque nosotros actualmente las cataloguemos como tales.

Los mal llamados artistas africanos eran o bien artesanos de la madera o bien herreros, oficios muy respetados en sus respectivas sociedades, que los consideraban sagrados. Existiendo, excepcionalmente, la categoría de artista que se trataba del artesano escogido y protegido por la familia real para trabajar en exclusiva para ellos, al cual podían encomendarles trabajos decorativos.

La muestra consta de 136 piezas de procedencias tan variadas como que están presentes cerca de una cincuentena de etnias pertenecientes a 14 países, todos ellos del África Subsahariana.

Al recorrer la exposición detenidamente se pueden observar las diferencias existentes entre los objetos procedentes de las distintas etnias:

las piezas baulé son de rasgos bellos y serenos, con peinados muy elaborados, en las senufo casi siempre aparece su pájaro sagrado el calaó, las máscaras punú son de finos rasgos, pintadas de caolín con escarificaciones en forma de rombo en la frente y las fang son algo abstractas.

El objetivo de esta recopilación de piezas y su catalogación no es otro que poder llegar a través de ellas a la mejor comprensión de los pueblos africanos y enamorarnos de sus expresiones artísticas, como en su día lo hicieron grandes maestros de la pintura y la escultura como Modigliani, Matisse, Derain, Picasso y tantos otros pertenecientes a las vanguardias europeas y americanas del siglo XX, que dirigieron su vista a África para sorprenderse y dejarse influenciar de la esquemática belleza de su llamado arte.

Ellos descubrieron estas ancestrales culturas hace apenas un siglo, pero existían desde tiempo inmemorial, como se ha puesto de manifiesto con el hallazgo de las poco conocidas terracotas de Nok, Sokoto y Katsina en Nigeria, que datan de 1.000 años a.C. en las que se aprecian vestigios de una civilización muy avanzada, así como en las aparecidas posteriormente en Djenné en Mali.

Aquí y ahora tengo que dejar constancia de mi agradecimiento más sincero a Jesús Arrimadas Saavedra, gran coleccionista de arte africano, y a Mamadou Diop, anticuario y profundo conocedor de la cultura africana, sin cuyos desinteresados y sabios consejos e indicaciones no hubiera podido desarrollar este trabajo de comisariado.

También es de justicia agradecer la generosa colaboración de los coleccionistas particulares: David Gray y Marcela Montolla-Turnill, la familia Jorquera-Mazarrón, José Manuel Miquel Fernández, Juan José Mouliáa López y la familia Martínez Pino que, no solo no han dudado en prestarnos sus valiosas piezas para que todos podamos disfrutar de ellas, sino que también han realizado un importante trabajo de documentación de las mismas encaminado a la mayor información y mejor comprensión de esta magnífica muestra, que no hubiera sido posible sin su labor inestimable.

Gracias a todos ellos.

